

# Ciencias sociales, coronavirus y desastres<sup>1</sup>

---

*Jorge Cadena-Roa*

Desde que se declaró la pandemia de COVID-19 en México, en marzo de 2020, médicos, enfermeras, camilleros, personal de limpieza, mantenimiento y administración de clínicas y hospitales han estado en la primera línea de combate, atendiendo a las personas que se infectaron. También han estado trabajando incansablemente epidemiólogos, matemáticos y otros especialistas a fin de modelar el comportamiento del coronavirus y apoyar con información científica la toma de decisiones. En las biociencias se ha trabajado afanosamente para producir una vacuna que contenga los contagios y poner a disposición de los infectados un tratamiento. La cooperación internacional entre universidades, laboratorios, empresas farmacéuticas, gobiernos y voluntarios ha sido formidable.

La pandemia de COVID-19 producida por un virus desconocido, el SARS-COV-2, para el que no existía tratamiento ni mucho menos vacuna, que era altamente contagioso y amenazaba con saturar aun a los sistemas hospitalarios mejor pertrechados para enfrentar emergencias médicas, representó una amenaza para el mundo entero. Para enfrentarla, el 16 de marzo, Tedros Adhanom Ghebreyesus, director general de la Organización Mundial de la Salud (OMS), recomendó que se hicieran pruebas, pruebas, pruebas, de todos los casos sospechosos. A quienes dieran positivo se les debía aislar y se debía hacer pruebas a sus contactos a fin de detectar y romper las cadenas de contagio.<sup>2</sup> Esa opción parecía más sensata que la de aplicar una cuarentena

general, a contagiados y no contagiados por igual porque implicaba, necesariamente, la suspensión de las actividades económicas. Con la opción recomendada por el director de la OMS, los no contagiados podrían continuar sus actividades con las debidas precauciones: sana distancia, lavado frecuente de manos, uso de cubrebocas.

En nuestro país, sin embargo, la aplicación de pruebas ha sido muy limitada, la recomendación de usar cubrebocas fue inconsistente y no fue predicada con el ejemplo. Se decía que el cubrebocas proporciona una “falsa sensación de seguridad.” En un país como el nuestro, con tantas y tan grandes desigualdades, que se traducen en diferentes grados de vulnerabilidad (Suárez *et al.* en este volumen), aplicar una política indiscriminada como la cuarentena general tiene consecuencias muy desiguales: no toda la población puede quedarse en casa; las empresas que cierran no pueden sostener sus gastos, se genera desempleo y corren el riesgo de quebrar.

La cuarentena ha tenido severas consecuencias económicas, sociales y psicológicas sin que, al momento de cerrar este capítulo, se hayan controlado los contagios y las defunciones. El sacrificio de la población se ha distribuido de manera muy inequitativa sin tener los resultados esperados.

Si durante los primeros meses de la pandemia la respuesta correspondía a las ciencias biomédicas y al personal hospitalario, poco tiempo después resultó evidente que se había desencadenado una secuela de consecuencias más allá del ámbito de la salud. Para su atención, las ciencias sociales y las humanidades podrían ser de gran ayuda, podrían generar diagnósticos de los problemas nuevos, de la evolución de los pre-existentes, dar cuenta de los fenómenos emergentes y los comportamientos adaptativos en curso, ayudar a ponderar los impactos desiguales en la población y alimentar con evidencias y propuestas las decisiones de las autoridades; podrían evaluar los resultados de las intervenciones y proponer los ajustes que fueran necesarios. Las ciencias sociales cuentan con conocimientos acumulados suficientes para recomendar formas de intervención al gobierno, al legislativo, a las empresas y a la sociedad civil que permitan amortiguar los efectos negativos de la pandemia y las medidas adoptadas para contenerla. Con esa intención y convicción, organizamos el ciclo de conferencias Las Ciencias Sociales y el Coronavirus. El ciclo incluyó 16 conferencias a cargo de reco-

nocidos especialistas. Todas las conferencias presentaron abundante información, análisis y propuestas de intervención. A los conferencistas se les pidió que trataran de contestar las siguientes preguntas:

- a) ¿Qué viene tras la pandemia y qué proponen las ciencias sociales al respecto? Esta pregunta trataba de prever y anticipar lo que venía de manera que pudiéramos, tanto como fuera posible, prevenir y prepararnos para que, llegado el momento, estuviéramos en mejores condiciones para responder y recuperarnos.<sup>3</sup>
- b) ¿Qué podemos esperar de los problemas que ya teníamos? ¿Seguirán igual o se habrán agravado? Esta pregunta sugería que era imprescindible actualizar nuestros diagnósticos sobre esos problemas a fin de mitigar sus impactos negativos y desde ahora sentar las bases de la recuperación.
- c) ¿Qué nuevos problemas sociales, económicos, políticos, organizacionales, comunicacionales, psicológicos, afectarán a la población como consecuencia de la pandemia y las medidas adoptadas para combatirla? Para el momento en que se presentaron las conferencias era claro que el mundo, como lo conocíamos, había cambiado y lo seguiría haciendo conforme se prolongara la pandemia y la cuarentena. Era de la mayor importancia diagnosticar la situación a fin de lidiar con ella, así como diseñar formas de intervención que permitieran mitigar los efectos negativos y recuperarnos del desastre.

Entre mayo y junio del 2020, cuando se desarrolló el ciclo de conferencias, creíamos que estábamos en el peor momento de la pandemia, que pronto la superaríamos y que no tardarían en revelarse las problemáticas que ya estaban entre nosotros y que correspondía a las ciencias sociales atender. Dadas las circunstancias, los problemas viejos y los emergentes se combinarían, entrelazarían y reforzarían entre sí, pero cualquier propuesta para reducir su gravedad y duración no podía ser más que bienvenida.

La responsabilidad primera de atender la pandemia y sus consecuencias es del gobierno, no solo porque dispone de los recursos del Estado y los puede movilizar, sino también porque las capacidades de las organi-

zaciones de la sociedad civil (OSC) habían menguado considerablemente a partir de que el presidente de la República emitiera la Circular Uno<sup>4</sup> que comunicaba su decisión de “no transferir recursos del Presupuesto a ninguna organización social, sindical, civil o del movimiento ciudadano, con el propósito de terminar en definitiva con la intermediación que ha originado discrecionalidad, opacidad y corrupción”.<sup>5</sup> Las empresas, por su parte, no podían hacer gran cosa porque la suspensión de actividades amenazaba su sobrevivencia.

La pandemia del COVID-19 se tradujo en un desastre como resultado combinado de las medidas adoptadas para enfrentarla —el distanciamiento social y la cuarentena para todas las personas, contagiadas o no— y de las medidas que no se adoptaron —las pruebas para romper las cadenas de contagio, el uso obligatorio de cubrebocas, apoyos para que los contagiados se quedaran en casa y recibieran atención médica gratuita. Así sobrevino la emergencia económica y la psicológica, el empobrecimiento súbito de millones de personas por la pérdida de sus empleos y la quiebra de fuentes de trabajo en el sector privado (Hualde, en este volumen).

El ciclo de conferencias —y este volumen— muestra que las ciencias sociales tienen mucho que ofrecer para la toma de decisiones y el diseño de formas de intervención social, gubernamental, legislativa y del sector privado. Los problemas que enfrenta el país son múltiples, complejos, urgentes y no existen soluciones mágicas. Nadie sabe todo lo que hay que saber, pero se pueden integrar paneles interdisciplinarios para el estudio y la propuesta de alternativas de atención a ellos.

## **Antecedentes**

La súbita aparición del SARS-COV-2 en Wuhan, China, a principios de 2020, y su rápida difusión por todo el mundo han provocado una pandemia como no se recuerda otra desde la gripe española (1918-1919). Sin embargo, esa ni otras pandemias registradas en lo que va del siglo, como el SARS (2002), el H1N1 (2009), el MERS (2012), el zika (2014), el ébola (2014-2016), paralizaron a la economía mundial como lo ha hecho el COVID-19.<sup>6</sup>

El SARS-COV-2 es un virus nuevo que rebasa las capacidades del sistema inmune de un alto número de personas que lo adquieren y es tan contagioso que la cantidad de infectados que puede requerir atención hospitalaria al mismo tiempo es tan alta que la capacidad del sistema de salud es rebasada. Es particularmente agresivo con quienes tienen comprometido su sistema inmunológico, sea por edad avanzada, obesidad, diabetes, hipertensión o dislipidemia. A falta de tratamientos y vacuna, en México se adoptaron medidas de distanciamiento social para reducir los contagios y el número de personas infectadas que requerirían atención hospitalaria simultáneamente. Estas medidas no combaten al virus, pero reducen la velocidad de los contagios por lo que se alarga la duración de la pandemia. En junio de 2020 el número de fallecidos era de 10 000, que es un número cercano al de las personas que perdieron la vida en los sismos de 1985.

Durante la pandemia hemos sido testigos de las condiciones prevalecientes en clínicas y hospitales, funerarias, crematorios y panteones. El seguimiento diario de esa información retrasó que nos diéramos cuenta de que estábamos entrando en una recesión económica debido a la cuarentena general, pero ya es muy claro que entramos en la mayor recesión económica mundial desde la Gran Depresión de 1929.

Es imposible que la sincronización de una pandemia que ha paralizado al mundo, combinada con una recesión comparable solo con la Gran Depresión, no tenga graves consecuencias sociales, políticas, psicológicas, ambientales, culturales y en otras dimensiones de la vida humana. Basta con repasar los cambios que epidemias, plagas, pestes o pestilencias anteriores provocaron en el mundo para confirmarlo. De ahí que Snowden (2020) sugiriera que las plagas, junto con las guerras, las religiones, la economía y la cultura deban ser consideradas para entender los grandes cambios que se han registrado a lo largo de la historia y provocado consecuencias duraderas. De ellas se puede inferir que la pandemia de COVID-19 tendrá también importantes consecuencias, aún difíciles de anticipar. Pero es sabido que grandes plagas precipitaron que se perdieran o ganaran guerras —como en las guerras del Peloponeso—,<sup>7</sup> que invasiones no fueran contenidas, cayeran con relativa facilidad imperios, se transformara el perfil demográfico y racial de la población —como sucedió con la catástrofe demográfica

del siglo xvi en Mesoamérica—,<sup>8</sup> su tamaño y crecimiento —como con las pestes que dejaron millones de muertos en Europa, China y la India—,<sup>9</sup> y su composición etaria que alteraría los mercados de trabajo.<sup>10</sup> Las pagas dejaron huérfanos, viudas, familias sin patrimonio. También provocaron persecuciones raciales, religiosas y tuvieron diferentes expresiones culturales.<sup>11</sup> Pero las pandemias no son los únicos desastres que han dejado su huella en la historia. Al respecto cabe recordar que los sismos de Nicaragua de 1972 aceleraron la caída de Somoza en 1979; los sismos de 1985 aceleraron la democratización de las instituciones políticas del Distrito Federal y del país; el desastre nuclear de Chernóbil, en 1986, precipitó la caída del sistema soviético.<sup>12</sup>

La combinación de pandemia y recesión apunta a que se está configurando un desastre. Pensarlo de esta manera no implica que todo esté perdido, muy por el contrario, significa que se debe poner énfasis en tareas de prevención, preparación, respuesta y recuperación, que se debe generar conocimiento útil para la toma de decisiones, que ese conocimiento se debe poner a disposición de las organizaciones que cuenten con capacidad para intervenir en los ámbitos de su competencia. Los cambios ya están con nosotros, algunos son bienvenidos, otros no, pero ya son inocultables en los mercados de trabajo y en las condiciones de empleo (Hualde, en este volumen), en el sistema educativo (Casanova, en este volumen), en el sector servicios —turismo, transporte aéreo, hoteles y restaurantes—, en la cultura —cines, teatros, danza, música—, espectáculos —conciertos, festivales, ferias—, y deportes. La lista podría continuar y lamentablemente va a crecer, aún no sabemos hasta dónde llegarán los cambios.

## **Las ciencias sociales**

Las ciencias sociales comprenden a las ciencias de la administración de organizaciones de todo tipo —públicas, privadas, de la sociedad civil—, la antropología, las ciencias jurídicas, la ciencia política, la comunicación, la demografía, la economía, la geografía, la historia, la psicología social, las relaciones internacionales y la sociología. Incluye también a las áreas inter-

disciplinarias que han cobrado cierta autonomía de los troncos disciplinarios de donde brotaron inicialmente, como la educación, los estudios regionales, la metodología de las ciencias sociales, la salud pública, el trabajo social, el turismo y otras.

Todas estas disciplinas y áreas interdisciplinarias cuentan con conocimientos, experiencias, teorías y métodos acumulados que les permiten identificar y medir problemas, elaborar diagnósticos, comprender el funcionamiento de los fenómenos en curso, proponer formas de intervención de los sectores gubernamental, legislativo, social y privado, evaluar sus resultados y consecuencias y, de acuerdo con ello, revisar esas formas de intervención. Con las limitaciones que corresponden a objetos de estudio dinámicos y en los que el investigador está involucrado de diversas maneras, las ciencias sociales pueden anticipar lo que viene en diferentes áreas, recomendar formas de intervención que eviten males mayores y sufrimientos prevenibles. Por ello, aspiramos a que los resultados de nuestras actividades académicas y científicas sean conocidas y atendidas no solamente por los especialistas, sino también por actores no-académicos que tienen la obligación —como los gobiernos y las legislaturas— o la disposición —como las organizaciones de la sociedad civil y del sector privado— para intervenir a fin de conjurar amenazas y daños.

Corresponde a las comunidades científicas mostrar que sus actividades y resultados pueden contribuir a la atención de problemas que afectan a la población y que son traducibles en formas de intervención para sortear emergencias, mejorar el funcionamiento de las organizaciones e instituciones, propiciar la sustentabilidad, tomar medidas preventivas ante las emergencias venideras, prepararnos para lidiar con ellas, contar con recursos y capacidades disponibles para responder y acelerar la recuperación. Como comunidad de científicos sociales estamos dispuestos a exponer con más claridad y difundir mejor los resultados de nuestras actividades a fin de comunicar qué sabemos, qué es lo que no sabemos y deberíamos averiguar, qué formas de intervención basadas en evidencias proponemos.

Enseguida destaco algunos puntos de la situación actual que me parecen particularmente importantes. No profundizo en ellos porque cada tema es

amplio, complejo y porque los capítulos de este libro tratan con detalle algunos de ellos: presentan diagnósticos con base en evidencias, identifican tendencias y elaboran propuestas de intervención.

## **La recesión**

En 2019 el crecimiento de la economía mexicana fue nulo (-0.1% del PIB). Se estima que en el año de la pandemia, 2020, la economía mexicana se contraerá entre -3 y -8% del PIB. Pasaremos de un año de estancamiento a uno de recesión. La recuperación económica empezará a percibirse hasta bien entrado el 2021 pero, sin asomo de duda, eso depende de lo que hagamos ahora.

En el 2020 cayeron la oferta y la demanda agregadas. Por lo que hace a la oferta, antes que cualquier otra cosa se debe tener presente la estructura del sector empresarial mexicano y su contribución al empleo. Adam (en este volumen) presenta estas cifras: hay en México 6 269 309 unidades económicas que ocupan a 35 463 625 personas. En promedio, las empresas mexicanas ocupan a 5.7 personas.

Las microempresas, las que ocupan hasta 10 personas, representan 95% de las unidades económicas y dan empleo a 37.8% del personal. Las pequeñas empresas, las que ocupan de 10 a 50 personas, representan 4% de las unidades económicas y ocupan a 14.7% del personal. Las medianas empresas, que ocupan entre 51 y 250 personas, son 0.8% del total y ocupan 15.9% del personal. Finalmente, las grandes empresas, que ocupan 251 personas y más, son 0.2% de las empresas y ocupan a 31.6% del personal.

Como vemos, las microempresas son las principales empleadoras del país. Entre estas y las pequeñas empresas dan empleo a 52.5% del personal. Son también las más frágiles, las que durante la cuarentena no podrán sostener la nómina ni pagar renta, agua, luz, proveedores, créditos, impuestos. Si un elevado número de pequeñas y medianas empresas quiebra, se descapitaliza o se endeuda, la recuperación del empleo será más lenta y parcial pues un alto número de puestos de trabajo se habrán perdido. Por eso, se les debe apoyar, para que apenas se reanuden las actividades se recupere el empleo.



Déjenme insistir en una obviedad que, sin embargo, quienes portan gafas ideológicas no ven con claridad: la economía mexicana es una economía de mercado. El Estado tiene el monopolio del petróleo y la electricidad, pero el motor de las economías de mercado es el interés individual, las ganancias. Las empresas deben recuperar sus gastos e inversiones porque se sostienen de la venta de bienes y servicios con demanda solvente. Esto las distingue de las actividades estatales y gubernamentales, que se sostienen con impuestos, y de las actividades de las organizaciones de la sociedad civil, que se sostienen con trabajo voluntario y donaciones. A diferencia de las organizaciones gubernamentales y de la sociedad civil, las empresas no cobran impuestos ni descansan en trabajo voluntario, al contrario, deben pagar a sus trabajadores salarios y prestaciones cuyos mínimos marca la ley.

En condiciones de emergencia, como la que vivimos actualmente, la “mano visible” del Estado interviene para corregir lo que la “mano invisible” del mercado no puede. Eso ha sucedido en China desde luego, pero también en Estados Unidos y en países de la Unión Europea. Sus gobiernos saben bien que si no apoyan a sus empresas, estas no van a sobrevivir y sus productos serán provistos por sus competidores de otros países, que la suspensión de actividades puede dañar las capacidades productivas, la competitividad y generar dependencias del extranjero de bienes, servicios y tecnologías.

El cierre de la economía ha tenido un sesgo contra los grupos de la población que viven al día. Hay quienes pueden trabajar en casa y quienes deben salir de casa para trabajar, sea porque trabajan en la calle o porque tienen que desplazarse a los comercios, almacenes, talleres y fábricas donde se encuentra lo que necesitan para llevar a cabo sus actividades remuneradas. Hay quienes no se pueden lavar las manos con frecuencia —como las personas en condición de calle, (véase Ruiz en este volumen) o porque carecen del servicio en casa. Estos grupos, entre otros, enfrentan vulnerabilidades que podrían sobrellevar mejor si contaran con apoyos en efectivo o en especie.

La suspensión de las actividades provocó también que se rompieran las cadenas productivas, domésticas e internacionales. La reactivación de

la economía dependerá de que esas cadenas se recompongan simultáneamente. Los países y las regiones que controlen primero la pandemia presionarán a los que todavía no lo consiguen a fin de reintegrar las cadenas de las que forman parte. Este es un desafío adicional para la recuperación: tendrá que darse simultáneamente en todos los eslabones de la cadena productiva o no se sostendrá (FCCYT 2020).

Por lo que toca a la demanda, quienes perdieron sus empleos e ingresos, perdieron también su capacidad de pagar sus gastos cotidianos —alimentación, renta, gas, transporte, servicios—, y otros compromisos —créditos, colegiaturas, seguros, tratamientos médicos, servicios de internet, datos y telefonía móvil. La demanda gubernamental también se contrajo por las medidas de austeridad anunciadas por el gobierno (*Diario Oficial*, 23 de abril de 2020). Con menores ventas, algunos proveedores del gobierno corren el riesgo de quebrar y contribuir al desempleo.

En suma, el cierre de la economía produjo un nuevo sector vulnerable que no es apoyado por ninguno de los programas sociales vigentes —como las pensiones para el bienestar de las personas adultas mayores, de las personas con discapacidad, el de apoyo para el bienestar de niñas y niños, las becas Benito Juárez, jóvenes construyendo futuro. Esos programas hacen transferencias a personas que estaban en situación vulnerable antes de la pandemia, pero no a quienes pasaron a esa situación debido a ella y a las medidas adoptadas para enfrentarla. La pérdida de ingresos podría no solo empujar a decenas de miles a las filas de la pobreza. Evitar ese desenlace debe ser una prioridad de la política pública.

Las conferencias del ciclo Las Ciencias Sociales y el Coronavirus que tocan problemas económicos (Adam, Galindo, Hualde y Vega, en este volumen) proponen: 1) apoyar a las pequeñas y medianas empresas a fin de que no se descapitalicen, no se endeuden y puedan reponer los puestos de trabajo que se hayan perdido durante la pandemia; 2) apoyar a quienes perdieron su trabajo e ingresos con un seguro temporal de desempleo que les permita sufragar sus gastos y compromisos durante la emergencia sin que se endeuden, afecten su patrimonio o caigan en pobreza; 3) revertir las medidas de austeridad que comprometen el funcionamiento de la adminis-

tración pública y reducen la demanda gubernamental. Pasada la pandemia no habrá asunto más urgente que la reactivación de la economía nacional por lo que los recursos que se destinen ahora para salvar empresas, empleos e ingresos redituarán con creces.

Estas medidas requerirán, sin duda, de cuantiosos recursos, pero existen fuentes para su financiamiento como, por ejemplo, creando o aumentando impuestos, contratando deuda o suspendiendo temporalmente algunas de las grandes obras del gobierno federal —el Tren Maya y la refinería Dos Bocas son buenas candidatas porque no obedecen a ninguna emergencia y su construcción ha sido desaconsejada reiteradamente por su impacto ambiental. En el caso de la refinería, la caída de los precios del petróleo, la reducción del consumo de energías fósiles, el giro mundial hacia energías limpias (Galindo, en este volumen) permite prever que lo que se invierte en ella no se recuperará, no tendrá un beneficio social conmensurable con el gasto que se está haciendo y provocará un daño ambiental considerable.

En suma, de la manera como se atienda la recesión en la que nos encontramos sumergidos dependerá la recuperación y los cambios en capacidades productivas relativas. Mientras nuestra atención ha estado agobiada con el presente —número diario de contagios, recuperados, fallecidos, despedidos, empresas quebradas—, no se ha puesto atención en los fenómenos y problemáticas emergentes. Frente a ellos hay que adoptar una actitud de prevención y preparación que nos permita mitigar efectos deletéreos, moldear la post-pandemia y apresurar la recuperación. No son pocos, ni fáciles de atender, los problemas que se agravaron durante el confinamiento. Entre ellos se encuentra la violencia doméstica (Ferreira y Tuñón, en este volumen), el alcoholismo, el abuso de sustancias, así como problemas de salud mental como el duelo, la ansiedad, la angustia, la depresión, el miedo, el insomnio (Santillán, en este volumen).

## **Comunicación**

Si algo ha quedado claro es que el país enfrenta también un problema de comunicación y de desconfianza. Llama la atención que haya tanta gente

que no haga caso de las medidas de confinamiento, sana distancia y uso de cubrebocas, tanta gente que crea que el virus no existe, que es algo inventado por los poderosos, mientras que otros temen ser infectados deliberadamente y atacan al personal hospitalario, a cuadrillas que desinfectan las calles, que hayan llegado a quemar ambulancias y oficinas municipales. En estos tiempos de incertidumbre, cambio y confusión, que demanda una enorme capacidad de adaptación y resiliencia, ha surgido una “infodemia”, que circula sin restricción alguna por internet y que combina indiscriminadamente información veraz y útil, con falsedades y remedios que pueden causar daños a la salud. Tanto unas como otras circulan por los mismos canales: el internet y las redes sociales. La información falsa se parece mucho a la verdadera, pero es presentada de manera más sencilla y esquemática, enmarcada en temas familiares —como la lucha entre el bien y el mal, los malos que engañan a los buenos para aprovecharse de ellos—, como una lucha entre villanos, héroes y tontos (Klapp, 1962). El problema con las noticias falsas no es solamente que difunden información que la gente cree, y actúan de conformidad con esas creencias, sino que siembran dudas y desacreditan a la información verídica. Agréguese a lo anterior que la información gubernamental ha sido confusa, contradictoria, inconsistente y que no ha sido predicada con el ejemplo (Juárez, en este volumen).

No es fácil discernir entre tanta información contradictoria y aparentemente confiable. Requiere de tiempo, evaluación de fuentes, comparación de datos, sentido común. En condiciones de emergencia se requiere de ayuda para discernir entre la información fidedigna y la falsa. No informar bien y a tiempo es perjudicial porque la gente buscará información por su cuenta, incluso en fuentes que carecen de sustento y credibilidad (Mansilla, en este volumen) e incorporará a sus actividades la información que sea más compatible con sus costumbres y creencias religiosas, con sus prejuicios e ideologías, con sus preferencias prácticas. En esas condiciones, mucha gente termina por no saber qué creer y toma la decisión que les resulta más cómoda. No usar cubrebocas es más cómodo que usarlo, y como hay dudas de si protege o no del coronavirus, la opción más sencilla es no usarlo. De ahí que sea urgente replantearse la comunicación en el contexto de la pandemia.

## Desastres

La pandemia de COVID-19 y la manera de enfrentarla han creado una situación de desastre que se complica por los elevados costos económicos, sociales y de salud mental que se han presentado. Me explico.

Los desastres son eventos observables en el tiempo y en el espacio que provocan de manera súbita pérdidas humanas y severos daños materiales a unidades enteras —continentes, países— o grandes subunidades —regiones, estados, ciudades, pueblos, comunidades. Estos eventos suspenden, alteran o dislocan el funcionamiento regular de esas unidades por lo que los afectados se ven compelidos a responder de inmediato. Sin embargo, los desastres provocan daños y afectaciones que superan la capacidad de respuesta y coordinación de las instituciones encargadas de restablecer su funcionamiento habitual. Su atención requiere de más recursos de los que se pueden disponer y movilizar de inmediato para contener daños y pérdidas: personal, recursos económicos y materiales. Por eso, como se combina la necesidad de atención urgente, con el retraso en la llegada del auxilio, es frecuente que la población salga espontáneamente a las calles para ayudar a los afectados, coordinar acciones, pedir, almacenar y distribuir alimentos, medicinas, agua y demás, entre quienes lo necesitan. El impacto que tiene el desastre depende de su magnitud, localización con respecto a concentraciones de población o instalaciones estratégicas y de los niveles de vulnerabilidad y desigualdad en las zonas afectadas (Kreps, 1984; Perry, 2018; Quarantelli, 2000).

Algunos “desastres naturales” se repiten con cierta regularidad —como las alteraciones de los patrones de lluvia que provocan sequías o inundaciones, deslaves de tierra y lodo, tornados y huracanes. Otros no obedecen a ninguna regularidad, pero no hay duda de que ocurrirán —como los terremotos, los tsunamis y las erupciones volcánicas. No sabemos cuándo ni con qué intensidad ocurrirá el siguiente terremoto en la Ciudad de México, pero no tenemos duda de que ocurrirá.

Los desastres también pueden tener un origen “tecnológico” o “industrial”, como los accidentes en plantas nucleares —Three Mile Island,

Chernóbil, Fukushima—, derrames de petróleo o combustibles —Exxon Valdez, drenaje del Sector Reforma de Guadalajara, Jalisco—, explosiones de materiales almacenados —planta de gas LP de Pemex en San Juan Ixhuatepec, depósitos de fuegos artificiales en Tultepec—, o político-social —guerrillas, levantamientos armados, terrorismo, guerras civiles y convencionales. Eventos como los anteriores dislocan el funcionamiento normal de las unidades afectadas provocando daños con elevados costos humanos y materiales.

Ahora bien, se encuentra firmemente establecido en la literatura especializada que la distinción entre desastre natural y humano es insostenible y que “todos” deben ser considerados “desastres sociales” (Quarantelli, 2000), si no por su origen, sí por el grado en el que fueron previstos, se atendieron vulnerabilidades que los hacían potencialmente más dañinos, se hicieron preparativos para responder a ellos, se mitigaron sus costos humanos y materiales, y se implementaron medidas para acelerar la recuperación. La literatura especializada sostiene que las causas y consecuencias de los desastres están moldeadas y moduladas por las estructuras y procesos sociales presentes en las subunidades afectadas. El alcance de los daños depende del grado en el que se mitigan y se apresura la recuperación, es decir, depende de factores humanos y organizacionales.

Algunos desastres que eran considerados inequívocamente “naturales” tienen un componente social: hay una relación entre frecuencia y potencia de los huracanes y el calentamiento global; entre este y el consumo de energías fósiles. Hay una relación entre pandemias, daño ambiental y manejo de la producción animal. Algunos de los virus que han provocado pandemias proceden de zoonosis, es decir, se transmitieron de animales vertebrados a seres humanos. Hay una amplia variedad de zoonosis y agentes transmisores —como puede verse en *Zoonosis y enfermedades transmisibles comunes al hombre y a los animales*, obra en tres volúmenes, el primero dedicado a las bacteriosis y micosis (Acha y Szyfres, 2001), el segundo a las clamidiosis, rickettsiosis y virosis (Acha y Szyfres, 2003a), y el último a las parasitosis (Acha y Szyfres, 2003b).

La incidencia de zoonosis es cada vez más frecuente. En 2008 se identificaron 335 enfermedades de origen animal que surgieron entre 1960 y 2004

(Snowden, 2020). La zoonosis se deriva del aumento de la exposición de personas a los animales y a sus infecciones transmisibles la cual, a su vez, es consecuencia de la irrupción humana en los ecosistemas. Pero también se presentan zoonosis en ranchos y granjas de producción animal.

Una vez que el agente patógeno pasa de los animales a los humanos, la globalización, la velocidad y frecuencia con la que se viaja actualmente y las concentraciones de la población en las ciudades facilitan que los patógenos se transmitan en poco tiempo a grandes distancias, se conviertan en epidemias y luego en pandemias. También los desplazamientos de personas por motivos económicos o por violencia han aumentado las migraciones y con ello las posibilidades de contagio. Pero debe decirse que esto no es enteramente nuevo. Como resultado de sus estudios sobre la gripe española, Patterson y Pyle (1991) concluyeron que el mundo se había convertido en una sola unidad epidemiológica: un patógeno nuevo que pasa de los animales a los humanos en cualquier parte del mundo puede transmitirse hasta los lugares habitados más remotos del planeta en unas cuantas semanas (Patterson y Pyle, 1991: 20).

Los desastres convierten, de un momento a otro, a grupos de la población en damnificados. Los desastres han sido estudiados por la sociología de la acción colectiva porque la población responde a ellos siguiendo ciertos patrones y regularidades. Quienes resultaron menos afectados acuden espontáneamente a ayudar a quienes lo necesitan. Los desastres generan agravios súbitos y la exigencia de que se atiendan sin demora (Walsh y Warland, 1983). Pasada la emergencia se plantean problemas organizativos, que en última instancia son problemas de acción colectiva: cómo reducir pérdidas, cómo recuperarse lo más pronto posible, qué hacer para reducir los riesgos y amenazas, prever los siguientes desastres, cómo mejorar la capacidad de respuesta.

Es parte de la definición de los desastres que rebasen las capacidades de atención inmediata porque la magnitud de los daños y su aparición súbita requiere de tiempo para discernir qué está pasando, cuáles fueron los daños y su gravedad. Por ello se suelen presentar fallas de coordinación entre las agencias encargadas de contener y mitigar los daños, y atender a los damnificados. Los desastres rompen o perturban los medios de comunicación

habituales, precisamente cuando la información resulta un asunto de vida o muerte. Mantener líneas de comunicación abiertas, transmitir mensajes claros y consistentes, resulta de la mayor importancia en esas situaciones. La capacidad de respuesta de organizaciones e instituciones y la coordinación entre ellas pueden salvar vidas y reducir pérdidas materiales. Los vacíos, contradicciones e inconsistencias en materia de comunicación son llenados por rumores y *fakenews* que pueden agravar la situación y complicar la coordinación para proporcionar ayuda y mitigar los daños.

Los desastres son cíclicos y, cuando no lo son, pueden ocurrir en cualquier momento. De los daños que dejaron los anteriores y de los resultados de las medidas que se adoptaron para responder a ellos, podemos aprender mucho para lidiar con los que vendrán (Khorram-Manesh, 2017; Quarantelli y Dynes, 1977; Rodríguez, Donner y Trainor, 2018; Rodríguez, Quarantelli y Dynes, 2007). No sabemos cuándo, dónde, ni con qué intensidad ocurrirá el siguiente desastre, pero como no hay duda de que alguno ocurrirá, debemos adoptar y repetir el mantra “prevenir, preparar, responder, recuperar”.

- ♦ *Prevenir*. Podemos dar por seguro que se presentará un nuevo desastre en cualquier momento, sea de origen geológico, meteorológico, industrial o por zoonosis. Para la atención de los sismos y erupciones, estamos mejor preparados que para atender zoonosis. Por ello urge construir capacidades de prevención y control en la materia. Para ello debe convocarse a las escuelas de salud pública, medicina y medicina veterinaria. Deben participar médicos, médicos veterinarios, epidemiólogos, biólogos y especialistas en virología, bacteriología, micología y parasitología. También especialistas de las ciencias sociales que evalúen riesgos y contribuyan al diseño de sistemas de vigilancia epidemiológica para su prevención y control oportuno. No prevenir un mal que seguro ocurrirá, conduce a elevar sus costos humanos y materiales. Se atribuye a Benjamín Franklin la frase, “una onza de prevención vale más que una libra de curación”. Algunas inundaciones pueden prevenirse construyendo diques o desazolvando presas; el colapso de construcciones debido a los sismos puede reducirse elevando



las normas de construcción; los incendios en los bosques se pueden controlar retirando regularmente la maleza y abriendo zanjas que eviten su propagación. ¿Cómo se puede prevenir la zoonosis?

- *Preparar*. Se debe establecer una autoridad en materia de desastres sociales que coordine las tareas de prevención y preparación, que se encargue de declarar las emergencias e implementar los protocolos de respuesta, coordinar su despliegue, la mitigación y recuperación de daños y pérdidas. Esa autoridad debe contar con recursos suficientes para atender las urgencias que los desastres provocan, salvar vidas, bienes y restablecer el funcionamiento normal de las comunidades.
- *Responder*. Luego de declarar el desastre, se debe disponer y movilizar los recursos humanos, materiales y económicos para la atención y la mitigación de los daños de acuerdo con los protocolos y planes preestablecidos según el tipo de desastre del que se trate, de su alcance y gravedad.
- *Recuperar*. Deben diseñarse políticas públicas y de formas de intervención gubernamental, legislativa, del sector privado y del sector social para que, cada uno en la medida de sus posibilidades, contribuya a la recuperación.

## Los desastres en México

A pesar de que los desastres son viejos conocidos en México, la preparación para responder a ellos mejoró solo después de los sismos de 1985 en la Ciudad de México. Poco antes, el país había sufrido dos desastres, uno volcánico, la erupción del Chichonal (Chiapas, 1982), y otro industrial, la explosión de tanques de almacenamiento y distribución de gas LP en una planta de Pemex localizada en San Juan Ixhuatepec (Estado de México, 1984).

La erupción del Chichonal dejó 1 755 desaparecidos y alrededor de 124 muertos, aunque otras estimaciones elevan la cifra a 2 000. La mayor parte de los fallecimientos se debieron a incendios provocados por el material incandescente que arrojó el volcán y por los sismos que acompañaron la erupción, los cuales provocaron el colapso de las construcciones y viviendas en las inmediaciones (Siebert, Simkin y Kimberly, 2010).

En el caso del desastre en la planta de Pemex, se cuenta entre los peores a nivel mundial en la historia del manejo de gas LP. Una fuga de gas se incendió y provocó la explosión de los tanques de almacenamiento dejando daños severos en un área de 100 000m<sup>2</sup>, incluyendo la destrucción de 270 casas-habitación. Unas 300 personas murieron de manera instantánea, 50 desaparecieron y 7 000 requirieron de atención médica. De ellas, 550 fallecieron en los hospitales. Los evacuados de la zona fueron 60 000. La gravedad de este desastre se debió a que alrededor de la planta se habían instalado asentamientos irregulares que formaban un anillo densamente poblado. La distancia entre los tanques de almacenamiento y las casas más cercanas era de apenas 130m, lo que revela negligencia en la regulación del uso del suelo, además de que las medidas de seguridad de la planta eran deficientes, lo mismo que el mantenimiento que recibía (Arturson, 1987).

Pese a la gravedad de esos desastres, fue después de los sismos del 19 y 20 de septiembre de 1985 que se comprendió por fin la necesidad de contar con dispositivos de prevención civil.<sup>13</sup> El 9 de octubre de 1985 se creó la Comisión Nacional de Reconstrucción para dirigir las acciones de auxilio a los damnificados por los sismos y sentar las bases para responder mejor ante desastres naturales. El Comité de Prevención de Seguridad Civil de la Comisión mencionada propuso el 9 de noviembre siguiente la creación de un Sistema Nacional de Protección Civil. El 6 de mayo de 1986 se publicó el decreto de creación del Sistema Nacional de Protección Civil y el Programa de Protección Civil (Segob 1986). El 20 de septiembre de 1988 se publicó el decreto de creación del Centro Nacional de Prevención de Desastres, dependiente de la Secretaría de Gobernación (Segob 1988). Hasta ahí llegó la premura, el sentido de urgencia provocado por los sismos. La Ley General de Protección Civil se publicó hasta 2000 (LGPC, 2000) y su Reglamento en 2014 (RLGPC, 2014). ¡14 y 28 años después, respectivamente, de que se creó el Sistema Nacional de Protección Civil!

En materia de estudios sobre desastres, en febrero de 1992, el Comecso —junto con el Instituto de Investigaciones Sociales y la Coordinación de Humanidades de la UNAM— organizó el Seminario Internacional Desastres Naturales, Sociedad y Protección Civil, a partir del cual se formó el Grupo Especializado de Trabajo sobre Desastres, del Comecso, y la Red de Estu-

dios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina. A partir de ahí se formaría la Red Mexicana de Estudios Interdisciplinarios para la Prevención de Desastres. Como resultado de sus trabajos se publicó el libro *Los desastres en México: una perspectiva multidisciplinaria*, el cual reporta un vacío en la literatura científica sobre el tema (Garza y Rodríguez, 2000: 10).

### **La pandemia de COVID-19 vista como desastre**

Esta pandemia reúne varias características de los desastres: fue un evento súbito que ha tenido graves efectos en la salud pública, ha contagiado a cientos de miles y cobrado la vida de decenas de miles de personas en México, ha puesto al límite o rebasado las capacidades instaladas de atención a la salud, de velatorios, crematorios y cementerios. El funcionamiento normal del país, del mundo, ha sido trastornado: las medidas de distanciamiento social han provocado enormes daños económicos, sociales, psicológicos. Sin embargo, en un aspecto este desastre ha sido peor que otros. Es sabido que los desastres activan o crean rápidamente vínculos sociales que canalizan ayuda, facilitan la cooperación y la solidaridad en las localidades afectadas. Las personas que viven en sus inmediaciones, pero que no fueron tan severamente afectadas, salen a las calles espontáneamente y aun sin conocerse cooperan con otros para ayudar a sus vecinos menos afortunados. En la pandemia de COVID-19 la cuarentena ha limitado o impedido la solidaridad debido al riesgo de contagio. Quizá por eso los padecimientos mentales han aumentado tanto. Al temor de ser contagiado, se agrega la frustración por no poder ayudar a nuestros seres queridos y vecinos.

El estudio de desastres anteriores permite prever los efectos que tendrá el actual. Los desastres suelen dejar huella en la psique de quienes pierden a seres queridos, sufren lesiones, pierden bienes, pasan por periodos prolongados de estrés agudo, angustia, insomnio. Su huella puede considerarse estrés postraumático (Santillán, en este volumen).

El desastre ha demandado esfuerzos extraordinarios de personas, familias, grupos, comunidades, organizaciones e instituciones. Entre más se prolonga la pandemia, las pérdidas se acumulan: seres queridos, empleos,

ingresos, negocios, ahorros, gastos extraordinarios, deudas. Quienes perdieron a algún familiar o amigo, no pudieron despedirlo de acuerdo con las tradiciones y costumbres. Algunos entraron a los hospitales, pero sus familiares no volvieron a verlos con vida. Las pérdidas inesperadas no son fáciles de procesar y, dependiendo de las capacidades psicológicas de las personas y de sus redes de apoyo, podrán procesarlo y resolverlo. Pero será difícil superar la sensación de que hasta lo más importante para nosotros se puede perder en un parpadeo. El registro que dejó Tucídides (2013) sobre las consecuencias de la plaga que azotó a Atenas en el siglo V a.C. resulta sorprendentemente actual.<sup>14</sup>

Los desastres deben ser estudiados desde una perspectiva interdisciplinaria que involucre a tantas ciencias y especialidades como sean necesarias dependiendo de lo que se trate: inundación, terremoto, erupción o pandemia. En materia de desastres no puede perderse de vista que la motivación y los objetivos de su estudio es la “aplicación de los conocimientos” generados. En consecuencia, deben preverse los medios para que sus resultados sean considerados en el diseño de políticas públicas (*policies*) y se conviertan en formas de intervención gubernamental, legislativa, social y empresarial. Las ciencias de la administración de organizaciones deben también contribuir porque es absolutamente indispensable un diseño que permita el manejo integrado y coordinado de la prevención, preparación, respuesta y recuperación. Como regla, los desastres rebasan las capacidades de respuesta ante los daños que provocan. Por eso es imprescindible que haya mandos centrales que concentren la información, la difundan, coordinen las respuestas de las agencias y organizaciones participantes y se atiendan las deficiencias de comunicación.

## Complicaciones

La pandemia de COVID-19 afectó a un cuerpo social y político con vulnerabilidades varias (Suárez *et al.*, en este volumen). Las profundas desigualdades que afectan a la población del país ya fueron mencionadas. A ellas deben agregarse los elevados niveles de violencia y actividades de grupos

criminales que no se dedican solamente a la producción, traslado, almacenamiento, contrabando y venta de sustancias prohibidas, sino que parasitan cada vez más a la población y a las actividades económicas legales con extorsiones, secuestros, tráfico de personas, robo de productos, gasolina y gas, y otros crímenes.

Desde 2006 se disparó en el país el número de homicidios dolosos, desaparecidos, de cuerpos expuestos con huellas de tortura, de cuerpos hallados en fosas comunes, desplazados por la violencia, familias rotas, de sobrevivientes con heridas en el cuerpo y la mente. Este flagelo es equivalente a que el país pasara por una guerra civil<sup>15</sup> por motivos económicos (Schedler, 2015). Existen en México varios ejércitos privados que controlan territorios, rutas de comunicación y mercados que tienen enfrentamientos frecuentes entre sí y con la policía y las fuerzas armadas. No buscan conquistar el poder político, sino conservar sus territorios y operaciones y eventualmente desplazar a sus competidores.

Esa es una cara del problema. La otra es que el Estado mexicano no ha sido capaz de cumplir con su tarea básica de proteger la vida y los bienes de los ciudadanos que viven en su jurisdicción y prevalecen la corrupción, la impunidad y la ausencia de justicia. Schedler (2015: 47) lo resume con precisión:

La violencia criminal se ha expandido en un contexto de impunidad casi absoluta, organizada por el Estado y tolerada por la sociedad. En México, una vez que un homicidio se cataloga como relacionado con el crimen organizado —ejecución—, el Estado lo trata como resuelto. No hay investigación ni persecución efectiva, ni castigo alguno.

La violencia ha sido asumida con normalidad por las autoridades y la población. Buena parte de los noticieros transmiten las cifras e imágenes de los feminicidios, homicidios, ejecuciones y saldos de los enfrentamientos de la víspera. Eso es lo normal. Lo que sorprende como excepcional son personajes como Maricela Escobedo, que fuera asesinada frente al Palacio de Gobierno de Chihuahua mientras pedía justicia por el asesinato de su hija Rubí.<sup>16</sup> O Miriam Rodríguez que persiguió desde 2014 a los secuestradores

y asesinos de su hija Karen en San Fernando, Tamaulipas, y a quien mataron el 10 de mayo de 2017 frente a su casa.<sup>17</sup>

Según algunas fuentes, el número de desaparecidos rebasa los 70 000. En algunos casos, los familiares reportan la desaparición de algún pariente sin recibir respuesta de las autoridades. Si logran superar el dolor causado por la pérdida, insisten en que se investigue su paradero y se haga justicia, pero no tardan en chocar contra el muro de la indiferencia, la negligencia, la incapacidad, la corrupción o la complicidad de las autoridades de procuración de justicia y, como en el caso de Rubí, también con las de impartición de justicia: los jueces declararon inocente a su asesino confeso quien les dijo donde había arrojado sus restos. Si los familiares de la persona desaparecida insisten en que las autoridades hagan su trabajo, son amenazados y en ocasiones orillados a salir de los estados donde residían. De madres con experiencias como las descritas se compone la organización Nuestras Hijas de Regreso a Casa.<sup>18</sup>

Tenemos entonces que, al cóctel compuesto por la pandemia, la recesión y la guerra civil económica hay que agregar un cuarto elemento que aún tiene una magnitud imprecisa: la epidemia de padecimientos mentales y estrés postraumático derivados de la pérdida de seres queridos, del temor a ser contagiados, del aumento de la violencia doméstica, de sufrimiento por el desempleo o la pérdida del negocio, de la incertidumbre frente al futuro inmediato.

### **¿Cuáles serán las consecuencias de la pandemia?**

Las ciencias sociales recogen datos de la realidad y los ponen junto a otros hasta formar una imagen, como si armaran un rompecabezas. Pero lo hacen sin conocer la imagen que debe formar el rompecabezas, esa solo la conoce quien tiene la caja que lo contenía y Dios. Por ello, los científicos sociales pueden reportar resultados tan disímiles. Las ciencias sociales construyen la realidad, una realidad que resulta de embonar las piezas de un rompecabezas, sin conocer la imagen que debe formar.

Así, como resultado de embonar las piezas del rompecabezas que tenemos ante nosotros, podemos construir la imagen de una emergencia sanitaria, de un parteaguas histórico, de un desastre o de algo más. Arteaga (en este volumen) presenta los resultados que han obtenido algunos filósofos, antropólogos y sociólogos luego de armar el rompecabezas y encuentra que hay varias narrativas sobre la propagación del virus, sus efectos y sus consecuencias, y sobre lo que deben hacer los grupos e instituciones de cara a la “normalidad” post-COVID. Arteaga identifica tres narrativas que coinciden en atribuir responsabilidad causal de la pandemia al neoliberalismo: la narrativa de la desesperanza (Giorgio Agamben, Byung-Cul Hang, David Harvey, Achilles Mbembe, Bruno Latour), la de la solidaridad (Judith Butler, Michel Maffesoli, Michael Taussig, Slavoj Žižek) y la de las instituciones (Alain Badiou, John Gray, Gilles Lipovetsky, Jean-Luc Nancy y Michel Wieviorka). La imagen que resulta de armar el rompecabezas como lo hace la narrativa de la desesperanza es de un capitalismo de vigilancia y una sociedad disciplinada según el “modelo asiático”. La narrativa de la solidaridad presenta sociedades liberadas de la mercantilización pues la cuarentena y el aislamiento habrían reconstruido y fortalecido la cooperación y la solidaridad, lo que será letal para los modelos del comunismo chino y el capitalismo neoliberal. La tercera narrativa muestra una imagen en la que un Estado fuerte reduce las desigualdades y regulara la globalización sin presentar amenaza alguna al capitalismo.

Entonces, esas narrativas se desprenden de embonar algunas piezas del rompecabezas e interpretar la imagen resultante. Da la impresión de que los autores citados tenían las mismas piezas del rompecabezas frente a ellos, pero no unieron entre sí las mismas ni de la misma manera, y cada uno dejó distintas piezas fuera. Si les hubiéramos pedido que armaran el rompecabezas con la imagen hacia abajo, podríamos comparar el resultado obtenido por cada grupo con la imagen que se obtiene al voltearlo. Pero no podemos hacer eso. Como no tenemos la caja que lo contenía y desconocemos el diseño de su creador, carecemos de criterios para determinar quien se acerca más a él.

¿Debemos esperar a que el futuro nos alcance para saber cuál de las tres narrativas resulta correcta, o para ver qué aspectos de lo potencial se realiza

para tener un punto de comparación y ver cuál de las imágenes se aproxima más a ese resultado? No. El futuro no es destino, el futuro se construye ahora, desde ese presente móvil que resbala al pasado, y desde donde brota el futuro. Desde ese presente podemos moldear colectivamente el futuro.

Se puede decir que el COVID-19 vino de fuera —es cierto— y que ha seguido su curso natural e inevitable —falso. Las vulnerabilidades y complicaciones que señalamos arriba ya estaban presentes en el país. La pandemia se convirtió en un desastre porque no hicimos la tarea de prevención y preparación, y porque no hemos dado una respuesta adecuada ni preparado el terreno para la recuperación.

Las ciencias sociales y las humanidades tienen un papel importante en la tarea de precisar fines deseables y seleccionar medios de intervención para alcanzarlos y en ocasiones proceden así: reconstruyen situaciones, procesos, causas y consecuencias. Hay quienes escogen piezas específicas para ilustrar conclusiones previas (Geddes, 1990), que les permitan lanzar inferencias audaces, propias de géneros ensayísticos, filosóficos o críticos, pero alejadas de resultados comprobables, característicos de investigaciones científicas rigurosas.

Las ciencias sociales construyen la realidad no solamente cuando elaboran diagnósticos acerca de situaciones específicas y elaboran categorías de análisis para referirse a ciertos aspectos de ella, sino también cuando proponen formas de intervención para prevenir, preparar, responder y recuperarnos de los desastres. Las intervenciones gubernamentales, legislativas, de los sectores privado y social, independientemente de que estén basadas en resultados de investigación de las ciencias sociales, transforman la realidad. Por ello, resulta indispensable actualizar los diagnósticos continuamente, evaluar las consecuencias de las intervenciones anteriores, asegurarse de que no provocaron consecuencias indeseables e implementar formas de intervención sustentadas en esos resultados.

Los cambios que ocurren en los procesos que estudian las ciencias sociales se deben a sus dinámicas propias, pero también responden a las intervenciones que reciben. En este sentido, “las ciencias sociales entran en la constitución de ‘su mundo’ de una manera que no es posible para las cien-



cias naturales” (Giddens, 1984): 350). En suma, los conocimientos generados por las ciencias sociales forman parte de las formas de intervención sobre la realidad por lo que no son ajenas a ella, sino que la constituyen.

Las teorías y conceptos elaborados para comprender los fenómenos que las ciencias sociales estudian, no son solo descripciones de la manera de funcionar de la realidad, sino que orientan las formas de intervención gubernamental, legislativa, de las empresas y la sociedad civil, y por consiguiente se vuelven parte de ella, la constituyen en tanto elementos creativos.

## Cierre

Es imposible que la sincronización de una pandemia que ha paralizado al mundo, combinada con una recesión comparable solo con la Gran Depresión, no tenga graves consecuencias sociales, políticas, psicológicas, ambientales, culturales y en otras dimensiones de la vida humana. Además, pandemia y recesión se entreveraron con problemas que ya vivíamos —desigualdades y violencia— y otros derivados de las medidas adoptadas para responder a ella —la quiebra de empresas, el desempleo, los padecimientos mentales, la violencia doméstica.

Es importante, sin embargo, hacer todo lo posible para que ese malestar se exprese por las vías institucionales en las elecciones de 2021 y 2024, pero no puede descartarse que se expresen antes por vías no-institucionales, como protestas y movimientos sociales, pero debemos evitar que se traduzcan en estallidos sociales e inestabilidad política. Durante la pandemia, a pesar de los riesgos de contagio, hemos visto en varios países del mundo —Estados Unidos, Chile y Colombia, entre otros—, que el malestar acumulado ha provocado olas de protestas.<sup>19</sup> Debemos atender a las demandas de todos los grupos sociales y evitar que se les descalifique y se les persiga acusándolas de participar —de manera consciente o manipulada— en “golpes de estado blandos.” También es sumamente importante que las fuerzas políticas aprecien que “la democracia es una conquista histórica que debe ser preservada como un fin en sí mismo”, y no solo como un medio para acceder al poder o desplazar a quienes han perdido la confianza del electorado.

Debe revisarse la definición de desastre que guio el diseño del sistema de protección civil después de los sismos de 1985. Los desastres no son eventos naturales que golpean a las sociedades. La definición que debe guiar el rediseño del sistema de protección civil debe considerar que “todos los desastres son sociales” y que mucho se puede hacer en el periodo pre-desastre: identificar amenazas y riesgos, prepararse para responder a ellos. Lo mismo mientras dura la situación de desastre: implementar protocolos, poner a salvo a la población afectada, mitigar sus efectos destructivos. En el periodo post-desastre se debe trabajar en la reconstrucción y en la recuperación, en la sistematización de los aprendizajes que deja el desastre anterior para mejorar la manera como el siguiente será enfrentado. Estas tareas deben ser encabezadas por los poderes ejecutivo y legislativo y contar con el apoyo de un sistema de ciencia, tecnología e innovación fuerte, dinámico, internacionalizado. Como hemos visto, se trata de asuntos de vida o muerte, por lo que debe revisarse a fondo el diseño institucional del sistema de protección civil. Debe darse prioridad a reducir en el país las emisiones de carbono, preservar el medio ambiente, prevenir la zoonosis sea por afectaciones a los ecosistemas, a las condiciones de la producción animal —aves, cerdos, reses— o por la falta de higiene en la comercialización de animales para consumo humano.

Debe haber mayor apoyo al desarrollo científico y tecnológico vinculado con la atención de desastres e impulsarse la colaboración interdisciplinaria, interinstitucional e internacional para hacer frente a ellos. Deben crearse canales estables para incorporar el conocimiento generado por las ciencias sociales a la deliberación pública, a la toma de decisiones y al diseño de política pública y puesto a disposición de quienes están en condiciones de aplicarlo mediante diversas formas de intervención, gubernamental, legislativa, empresarial y de la sociedad civil.

## Referencias

- Acha, Pedro N. y Boris Szyfres. 2001. *Zoonosis y enfermedades transmisibles comunes al hombre y a los animales. Vol. I. Bacteriosis y micosis*, Washington DC, Organización Panamericana de la Salud (OPS).

- \_\_\_\_\_. 2003a. *Zoonosis y enfermedades transmisibles comunes al hombre y a los animales. Vol. II. Clamidirosis, rickettsiosis y virosis*, Washington DC, OPS.
- \_\_\_\_\_. 2003b. *Zoonosis y enfermedades transmisibles comunes al hombre y a los animales. Vol. III. Parasitosis*, Washington DC, OPS.
- Alexiévich, Svetlana. 2015. *Voces de Chernóbil*, México, Penguin Random House.
- Arturson, G. 1987. "The Tragedy of San Juanico-the Most Severe LPG Disaster in History", *Burns*, vol. 13, núm. 2, pp. 87-102.
- Becerra, Laura y Eugenia Mata. 2020. *Impacto de las restricciones gubernamentales hacia las OSC en México*, México, DECA-Equipo Pueblo.
- Boccaccio, Giovanni. 1972. *The Decameron*, Kindle, Penguin.
- Bruhn, Kathleen. 2013. "El PRD y los movimientos populares en el Distrito Federal", en Jorge Cadena-Roa y Miguel A. López Leyva (eds.), *El PRD: orígenes, itinerario, retos*, México, UNAM, IIS-CEIICH/Ficticia, pp. 133-154.
- Cadena-Roa, Jorge. 2018. "Anti-Politics and Post-Truth. Earthquakes and Knowledge With No Consequences", *Voices of Mexico*, núm. 105, pp. 10-13.
- Camus, Albert. 2020 [1947]. *La peste*, Kindle, Random House.
- Charles River Editors. 2014. *The 1918 Spanish Flu Pandemic. The History and Legacy of the World's Deadliest Influenza Outbreak*, Kindle, Createspace Independent Publishing Platform.
- Chaucer, Geoffrey. 2016 [c1400]. *The Canterbury Tales*, Bridgeport, Insignia Publishing.
- Combes, Hélène. 2013. "El PRD desde las interacciones con su entorno militante: el papel de los dirigentes multi-posicionados (1989-2000)", en Jorge Cadena-Roa y Miguel A. López Leyva (eds.), *El PRD: orígenes, itinerario, retos*, México, UNAM, IIS-CEIICH/Ficticia, pp. 155-196.
- Defoe, Daniel. 1722. *Diario del año de la peste*, Kindle, Alba.
- FCCYT. 2020. *Reflexiones acerca del Coronavirus (COVID-19)*, México, Foro Consultivo Científico y Tecnológico, A.C.
- García, Bernardo. 2002. "El saldo demográfico y cultural de la conquista", en Bernardo García Martínez (ed.), *Gran historia de México ilustrada. Vol. II. Nueva España, de 1521 a las reformas borbónicas*, México, Planeta-DeAgoistini, pp. 81-100.
- Garza, Mario y Daniel Rodríguez (eds.). 2000. *Los desastres en México: una perspectiva multidisciplinaria*, México, UIA/UNAM/UAM-X.
- Geddes, Barbara. 1990. "How the Cases You Choose Affect the Answers You Get: Selection Bias in Comparative Politics", *Political Analysis*, vol. 2, núm. 1, pp. 131-150.
- Giddens, Anthony. 1984. *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*, Berkeley, University of California Press.
- Haber, Paul L. 2013. "Las relaciones entre movimientos sociales y partidos políticos en México", en Jorge Cadena-Roa y Miguel A. López Leyva (eds.), *El PRD: orígenes, itinerario, retos*, México, UNAM, IIS-CEIICH/Ficticia, pp. 41-57.

- Harvey, Oscar. 2020. *Spanish Flu 1918*, Kindle, Kindle.
- Khorrman-Manesh, Amir. 2017. *Handbook of Disaster and Emergency Management*. Gothenburg, Kompendiet.
- Klapp, Orrin E. 1962. *Heroes, Villains, and Fools*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
- Kreps, G.A. 1984. "Sociological Inquiry and Disaster Research", *Annual Review of Sociology*, núm. 10, pp. 309-330.
- LFFAROSC. 2004. "Ley federal de fomento a las actividades realizadas por organizaciones de la sociedad civil", *Diario Oficial de la Federación*, 9 de febrero.
- LGPC. 2000. "Ley General de Protección Social", *Diario Oficial de la Federación*, 6 de junio.
- Lucrecio Caro, Tito. 1999. *De la naturaleza de las cosas: poema en seis cantos*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, en <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/de-la-naturaleza-de-las-cosas-poema-en-seis-cantos--0/>>.
- Manzoni, Alessandro. 2015 [1823]. *Los novios*, Madrid, Akal.
- Méndez, Mauricio. 2013. "Los movimientos urbanos de personas de bajos ingresos y el PRD", en Jorge Cadena-Roa y Miguel A. López Leyva (eds.), *El PRD: orígenes, itinerario, retos*, México, UNAM, IIS-CEIICH/Ficticia, pp. 89-103.
- Moravia, Alberto. 1993 [1957]. *La campesina*, Barcelona, Lumen.
- Olivares, Luis y Beatriz Hernández (eds.). 2019. *Las izquierdas mexicanas desde los movimientos sociales en el siglo XXI*, México, UNAM.
- Patterson, K. David y Gerald F. Pyle. 1991. "The Geography and Mortality of the 1918 Influenza Pandemic", *Bulletin of the History of Medicine*, vol. 65, núm. 1, pp. 4-21.
- Perry, Ronald W. 2018. "Defining Disaster: An Evolving Concept", en *Handbook of Disaster Research*, Havidán Rodríguez, William Donner y Joseph E. Trainor (eds.), Cham, Springer, pp. 3-22.
- Procopius of Caesarea. 2016. *Delphi Complete Works of Procopius (Illustrated)*, Delphi Classics, Kindle.
- Quarantelli, Enrico L. 2000. "Disaster Research", en *Encyclopedia of Sociology*, Edgar F. Borgatta y Rhonda J. V. Montgomery (eds.), Nueva York, Macmillan, pp. 681-688.
- Quarantelli, Enrico L. y Russell R. Dynes. 1977. "Response to Social Crisis and Disaster", *Annual Review of Sociology*, vol. 3, pp. 23-49.
- RLGPC. 2014. "Reglamento de la Ley General de Protección Civil", *Diario Oficial de la Federación*, 13 de mayo.
- Rodríguez, Havidán, William Donner y Joseph E. Trainor (eds.). 2018. *Handbook of Disaster Research*, Cham, Springer.
- Rodríguez, Havidán, Enrico L. Quarantelli y Russell R. Dynes (eds.). 2007. *Handbook of Disaster Research*, Berlin, Springer.
- Schedler, Andreas. 2015. *En la niebla de la guerra. Los ciudadanos ante la violencia criminal organizada*, México, CIDE.

- Segob. 1986. “Decreto por el que se aprueban las bases para el establecimiento del Sistema Nacional de Protección Civil y el Programa de Protección Civil que las mismas contienen”, *Diario Oficial de la Federación*, 6 de mayo.
- \_\_\_\_\_. 1988. “Decreto por el que se crea el Centro Nacional de Prevención de Desastres con el carácter de órgano administrativo desconcentrado jerárquicamente subordinado a la Secretaría de Gobernación”, *Diario Oficial de la Federación*, 20 de septiembre.
- Siebert, Lee, Tom Simkin y Paul Kimberly. 2010. *Volcanoes of the World*, Berkeley, University of California Press.
- Snowden, Frank M. 2020. *Epidemics and Society. From the Black Death to the Present*, Nueva Haven, Yale University Press.
- Sófocles. 2014 [c429 a. C.]. *Edipo Rey*, Kindle, Kindle.
- Tavera, Ligia. 2013. “El movimiento urbano popular y el Frente Democrático Nacional: campo organizacional y liderazgos”, en Jorge Cadena-Roa y Miguel A. López Leyva (eds.), *El PRD: orígenes, itinerario, retos*, México, UNAM, IIS-CEIICH/Ficticia, pp. 105-131.
- Tucidides. 2013. *Historia de la guerra del Peloponeso*, Kindle, Crítica.
- Walsh, Edward J. y Rex H. Warland. 1983. “Social Movement Involvement in the Wake of a Nuclear Accident: Activists and Free Riders in the TMI Area”, *American Sociological Review*, núm. 48, pp. 764-780.

## NOTAS

<sup>1</sup> Agradezco la invitación de los doctores Fernando Castañeda y Lorenzo Córdova a impartir la conferencia que sirvió de base para este capítulo.

<sup>2</sup> Véase <<https://www.bbc.com/news/av/world-51916707>>.

<sup>3</sup> Con relación a los sismos del 19 de septiembre del 2017, en otro lugar me había referido a que en México sabemos muchas cosas, pero actuamos como si no las supiéramos. Eso debe cambiar. Lo que sabemos como colectividad debe ser considerado en la toma de decisiones individuales y de las organizaciones. Los costos de no hacerlo son enormes, pero nos los podemos ahorrar, si no por completo, sí en buena medida. Son numerosos y muy válidos los motivos por los que debemos adoptar una cultura de la prevención. De esa manera, los desastres que se presenten en el futuro nos encontrarán mejor preparados para responder (Cadena-Roa, 2018)

<sup>4</sup> La circular, firmada el 14 de febrero de 2019, mandataba que todos los apoyos para el bienestar del pueblo se entregaran de manera directa a los beneficiarios, dejando al mar-

gen a las organizaciones de la sociedad civil <[https://reunionnacional.tecnm.mx/RND\\_2019/sa/CIRCULAR%20UNO.pdf](https://reunionnacional.tecnm.mx/RND_2019/sa/CIRCULAR%20UNO.pdf).

- <sup>5</sup> A partir de la *Circular Uno* se canceló el Fondo de Coinversión Social que operaba el Instituto Nacional de Desarrollo Social (Indesol) y el Fondo Proequidad, del Instituto Nacional de las Mujeres, entre otros. Con ello se redujeron los apoyos que el gobierno federal canalizaba a las organizaciones de la sociedad civil con base en la LFFAROSC (2004) aún vigente. Sobre los impactos de esa circular en las OSC véase Becerra Pozos (2020).
- <sup>6</sup> El VIH/SIDA fue reconocido en 1982. De acuerdo con datos de la OMS, a finales del 2016 había unos 36.7 millones de personas infectadas y habían muerto un millón por causas relacionadas con ese virus. Actualmente, casi 40 años después de haber sido identificado, se dispone de tratamientos antirretrovíricos que detienen o alteran la reproducción del virus en el organismo, lo que disminuye la carga vírica, pero no se ha logrado producir una vacuna que prevenga el contagio, véase <<https://www.who.int/features/qa/71/es/>>.
- <sup>7</sup> En 432 a.C., ya iniciadas las guerras del Peloponeso, la peste afectó a Atenas y mató a la cuarta parte de la población, entre ellos murió Pericles en 429 a.C. Lo sucedieron varios demagogos ambiciosos, entre los que sobresale Alcibiades quien llegó a proponer a Esparta una alianza contra Atenas. En 411 a.C. el partido aristócrata derrocó la democracia y restableció la oligarquía en Atenas. En 404 a.C. Esparta derrotó a Atenas marcando el fin de su época dorada, la que dejó un invaluable legado filosófico, político, artístico y cultural para Occidente. Tucídides (2013).
- <sup>8</sup> Mesoamérica fue afectada durante 62 años por olas sucesivas de enfermedades para las que la población indígena no tenía defensas ni tratamientos. En 1520, antes de los enfrentamientos con los mexicas, entre los enviados por el gobernador de Cuba a Veracruz para detener a Cortés venía una persona con viruela. El extenderse el contagio se debilitó la resistencia de Tenochtitlán. De viruela murió Cuitláhuac, sucesor de Moctezuma. Debido al elevado número de contagios y muertos se desarticulaban los sistemas de comunicación, abasto y manejo de agua, así como la cohesión e integridad del grupo dirigente, lo que trastornó la conducción del ejército azteca. En 1545-1584 una epidemia de sarampión (*cocoliztli*) terminó con la vida de la mitad de la población que habitaba Mesoamérica antes de la llegada de los españoles. Entre 1576 y 1581 una tercera epidemia, al parecer de tifus exantemático (*matlezáhuatl*), cobró un número considerable de vidas más. Ese periodo en el que pestes sucesivas causaron gran mortandad en Mesoamérica ha sido registrado por la historia como la catástrofe demográfica del siglo XVI. Se calcula que en 1519 en Mesoamérica habitaban 6 o 7 millones de personas. Para 1550 sobrevivían unos 3 millones, es decir, la mitad de la población murió en el lapso de una generación. Después de 1581 quedaban menos de

2 millones de indígenas en Mesoamérica (García, 2002). Dice este autor, “nunca había muerto tanta gente en un periodo tan corto.”

<sup>9</sup> De la peste bubónica o peste negra hubo tres episodios. El primero ocurrió en el Imperio Romano de Oriente en el 541, durante el periodo de Justiniano. Se estima que causó entre 20 y 50 millones de muertes (Procopius, 2016). El segundo episodio se conoció como el de la peste o muerte negras (*black death*). Esta afectó a Asia central y luego se propagó hacia varias ciudades comerciales de Italia en el siglo XIV. Alcanzó un pico entre 1347 y 1353 y acabó con la mitad de la población europea. Hubo repuntes en Milán (1630), Nápoles (1650), Londres (1665-1666), Holanda 1710 y Marsella (1720-1722). El tercer episodio fue conocido como la peste China. Comenzó en 1855 y de ahí pasó a otros centros comerciales. Entre 1898 y 1910 afectó a la India. Dejó alrededor de 20 millones de muertos, principalmente en China y la India (Snowden, 2020).

<sup>10</sup> La gripe española apareció justo después de la I Guerra Mundial, entre 1918-1919, y fue esparcida por el mundo por los movimientos de tropas. Las estimaciones de muertes por gripe española a nivel mundial fluctúan entre 25 y 39 millones, un alto porcentaje de ellos, adultos jóvenes y saludables de entre 15 y 44 años. En Estados Unidos murieron por lo menos 550 000 personas, que es tanto como cinco veces el número de perdidas durante su participación en la I Guerra Mundial y un poco más que el total de sus pérdidas durante las dos guerras mundiales, la de Corea y la de Vietnam juntas. La India tuvo entre 40 y 50% del total de muertes por esa pandemia, unos 25 millones de personas. México tuvo entre 300 000 y 500 000 muertos —21.4 a 35.7 muertos por cada mil habitantes— lo que, sumado al millón de muertos que se estima dejó la Revolución, da cuenta del desastre poblacional de esos años (Patterson, 1991; Charles River Editors, 2014; Harwey, 2020).

<sup>11</sup> La literatura inspirada en desastres, sean pandemias o desastres industriales, es sumamente amplia. En un listado mínimo no deben faltar Alexiévich (2015), Boccaccio (1972), Camus (2020), Chaucer (2016), Defoe (1722), Manzoni (2015), Moravia (1993), Sófocles (2014) y Tucídides (2013). Los versos de Lucrecio sobre la naturaleza de las enfermedades contagiosas que se encuentran al final de “Libro VI” de *De la naturaleza de las cosas* (Lucrecio, 1999), están basados en Tucídides (2013).

<sup>12</sup> Las anteriores fueron pandemias que son desastres más parecidos al que actualmente azota al mundo, pero algunos desastres provocados por agentes distintos han precipitado también cambios trascendentales. A manera de ejemplo, los sismos de Nicaragua de 1972 catalizaron el descontento contra el gobierno de Anastasio Somoza, que cayó en 1979; los sismos de 1985 propiciaron cambios en las formas de organización prevalecientes en el sector de los movimientos sociales, se trasladaron cuadros del movimiento obrero y campesino al movimiento urbano popular. Poco después, numerosas

organizaciones del movimiento urbano popular confluían en el Frente Democrático Nacional y el Partido de la Revolución Democrática en 1989 (Bruhn, 2013; Combes, 2013; Haber, 2013; Méndez, 2013; Tavera, 2013). Los sismos aceleraron cambios políticos en la capital del país y de ahí en la República. En 1987 se aprobó la creación de una Asamblea de Representantes del Distrito Federal y desde 1997 se elige por voto directo al Jefe de Gobierno del Distrito Federal. El desastre nuclear de Chernóbil en 1986 precipitó la caída del sistema soviético que fusionaba la economía con la política en una sola entidad. En esas condiciones, la clave de la sobrevivencia y ascenso político se encontraba en la capacidad de unos de culpar a los otros de los errores propios, no en el cumplimiento de las responsabilidades de los cargos, lo que ocasionó la politización de la administración de las empresas productivas y un grado escandaloso de ineficiencia.

<sup>13</sup> Acerca de los antecedentes de la protección civil en México, véase Garza (2000).

<sup>14</sup> Las consecuencias de los desastres en las costumbres, las creencias, las leyes, la cohesión social, la solidaridad, la salud mental de la población y la legitimidad de los liderazgos políticos es muy grande. Tucídides registra las consecuencias de la peste que flageló a Atenas en *Historia de la guerra del Peloponeso*. Aquí algunos pasajes que guardan un paralelo sorprendente con la pandemia por la que atravesamos actualmente. Cuenta Tucídides (2013) que a los pocos días de que los lacedemonios, dirigidos por su rey, Arquidamo, invadieran el Ática, comenzó “a propagarse entre los atenienses la famosa epidemia” que ya había afectado a otros lugares, pero que ahora los afectaba a ellos con mayor virulencia: “una epidemia tan grande y un aniquilamiento de hombres como este no se recordaba que hubiera tenido lugar en ningún sitio.” Los médicos no tenían éxito en la curación, pero como eran quienes más se acercaban a los enfermos, morían en mayor número. Fue inútil “suplicar en los templos y recurrir a los oráculos y medios semejantes” por lo que “las gentes desistieron de usarlos vendidas por el mal” (Tucídides II, 47).

Con respecto a las consecuencias de la pandemia sobre las costumbres y las leyes dice: “los hombres, no sabiendo qué hacerse, dieron en despreciar por igual las leyes divinas y humanas. Todos los ritos antes seguidos para enterrar fueron trastornados, y enterraban como cada cual podía. Muchos incluso acudieron a impíos modos de enterrar por falta de las cosas necesarias [...] Ningún respeto a los dioses ni ley humana les retenía, pues por un lado consideraban indiferente el ser o no ser piadosos, ya que veían que todos sin distinción perecían y, por otro, ninguno esperaba sufrir el castigo de sus crímenes viviendo hasta que se hiciese justicia” (Tucídides II, 47).

Con respecto a los efectos de la pandemia en la salud mental, Tucídides escribe: “el mal hacía presa en todos en general, cualquiera que fuese su género de vida. Pero lo más terrible de todo el mal era la falta de ánimo que se producía cuando uno se



daba cuenta de que estaba enfermo —pues entregando su espíritu a la desesperación se abandonaban a él mucho más y no intentaban resistirle—. Esto es lo que causaba mayor mortandad, pues si no querían por miedo acercarse los unos a los otros, morirían solos” (Tucídides II, 51).

Por último, con relación a la legitimidad de los liderazgos políticos, cuenta Tucídides que “Después de la segunda incursión de los peloponesios, los atenienses, al ver que su territorio había sido arrasado por segunda vez y que tenían sobre sí la enfermedad y la guerra a la vez, cambiaron de manera de pensar y consideraron a Pericles culpable por haberles persuadido a entrar en guerra y haber caído por su causa en los infortunios presentes” (Tucídides II, 59).

<sup>15</sup>Una guerra civil es una confrontación entre grupos armados dentro de un Estado, o entre un grupo armado y el Estado, que deja un mínimo de 1 000 muertos al año (Schedler: 2015: 49). En México, el número de muertos que deja la guerra civil económica está muy por encima de ese umbral.

<sup>16</sup>Las tres muertes de Marisela Escobedo, documental de Carlos Pérez Osorio, disponible en Netflix.

<sup>17</sup>Véase <<https://aristeguinoticias.com/1105/mexico/en-dia-de-las-madres-asesinan-a-activista-de-tamaulipas-que-buscaba-a-su-hija/>>.

<sup>18</sup>Sobre esto, véanse los capítulos dedicados a dos organizaciones del movimiento de víctimas, “Nuestras Hijas de Regreso a Casa”) y el “Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad”, en Olivares y Hernández (2019).

<sup>19</sup>Véase, por ejemplo, Ana Carolina Gómez Rojas, “La reactivación de la protesta social en Colombia desde los movimientos con base territorial” <<https://movin.laoms.org/2020/10/26/la-reactivacion-la-protesta-social-colombia-desde-los-movimientos-base-territorial/>>; Mónica Velasco, “Movilización social en Colombia: gana la protesta” <<https://movin.laoms.org/2020/10/20/movilizacion-social-colombia-gana-la-protesta/>> y “Protestas durante la pandemia” <<https://movin.laoms.org/2020/06/15/protestas-la-pandemia/>>; Elizabeth Patiño Jaramillo, “Reformas económicas y laborales en la coyuntura del COVID-19 en América Latina” <<https://movin.laoms.org/2020/09/22/reformas-economicas-laborales-covid-19-america-latina/>>, entre otros artículos publicados en el blog “Movimientos e instituciones del Laboratorio de Análisis de Organizaciones y Movimientos Sociales”, en <<https://movin.laoms.org/>>.